

## Tu Molino

A mi abuelo Ignacio:

Hacía mucho que tus puertas estaban cerradas. Demasiado tiempo, demasiados días. Aquella mañana del mes de noviembre, sin embargo, pasé por casualidad por allí y vi los portones de madera abiertos. No pude resistirme y entré. El silencio se hacía a mi alrededor y me rodeaba con una extraña sensación de vacío. A lo lejos tan solo pude distinguir a unos trabajadores del Ayuntamiento haciendo tareas de limpieza. Pero ellos no me vieron a mí. Paseé sola. Una pared blanca con su verde enredadera cubría la zona de las cuadras. La casa del capataz, aquella puerta que de pequeña yo había visto abierta en contadas ocasiones en los ya últimos días del Molino en activo. Avancé, crucé la reja, a mi izquierda una piedra grisácea a modo de mesa donde me cuentan que desayunabas cada día. Desde allí contemplé las nuevas reformas destinadas a albergar las nuevas instalaciones. Bajé las escaleras, y el enorme patio rectangular que se abría ante mí, era tema de conversación habitual en mi casa. Me lo imaginaba por ello lleno de flores: claveles, amapolas, romero, gladiolos, jazmín... de eso se hablaba siempre. De ti, del Molino y de tus flores. Si lo vieras ahora abuelo, qué bonito está quedando...

Sonó el reloj del campanario de la iglesia. Eran las diez en punto de la mañana. Sentí paz. Cada campanada retumbó bajo el azul cielo de aquel otoño. Un fría brisa repentina heló mis manos, aún sin guantes.

Entonces se me vino a la memoria aquel I Concurso de Cartas de Amor y Desamor donde participaste. Con caligrafía exquisita, redactaste en un viejo cuaderno, tamaño cuartilla y hojas de doble raya, una carta de amor de tu puño y letra que hablaba de aquel sitio, de aquellos días, de los olores y colores que te rodeaban en tu madurez. Del aceite. Del Molino. Luego me pediste que la pasara a ordenador y que la presentara al concurso. Y así lo hice. Curioso, que el jardín del Molino y el concurso de cartas estén tan íntimamente unidos en ti. Mi madre aún guarda aquella carta, aquel papel tuyo primero, para recordar tu letra, para conservar tus recuerdos, para recordarte a ti. Es uno de sus más preciados tesoros, aquella carta de aquel primer concurso. Ahora, se cumplen exactamente veinte años de todo aquello.

Por eso te debía esto abuelo, estas líneas dedicadas a ti, para que todos sepan que el jardinero del molino, con sus pocos días de escuela, pero con su pasión infinita por la lectura, su inquietud por aprender y sus más de ochenta años, fue uno de los primeros participantes en este concurso literario. Fue esa quizá la última imagen que conservo de ti, aquella hamaca, aquella mesa en la cocina y tú con tu cuaderno escribiendo lo que fue para ti tu mejor premio: estar rodeado de flores en tu jardín del Molino. Desde que está abierto de nuevo, no hay un día que pase que no entre. Esa puerta de madera pintada de verde es en realidad para mí la puerta de entrada a los recuerdos de mi infancia.

Fdo: Nacabiru